

**Cristina Cerrada**

---

La maestra de Stalin

---





**Seix Barral** Biblioteca Breve

---

**Cristina Cerrada**  
**La maestra de Stalin**

---

© Cristina Cerrada, 2022

Representada por la agencia literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-84-322-3988-5

Depósito legal: B. 4.976-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

---

Es pequeña. Un día se da cuenta de que otros niños tienen madre y ella no. Cuando uno de esos niños se cae, una mujer viene a ponerlo de pie. Echa de menos una madre, una mujer que la levante del suelo cuando se cae. La mujer con quien su padre volvió a casarse dice que la llame mamá.

—Tu madre era mi hermana —dice—, y puesto que no la conociste es como si lo fuera yo.

Eka no la llama nunca mamá. La llama manú.

---

Su madre fue secuestrada para casarse. Fue su padre quien la secuestró. Era un hombre tímido acostumbrado a tratar con ovejas, caballos y vacas, pero no con mujeres. No era un criminal. De no haber secuestrado a su esposa no se habría llegado a casar nunca.

Secuestrar mujeres es una tradición en su país. Allí esas cosas no se esconden, al menos no por entonces. Más tarde será distinto. Sus tíos ayudaron a su padre a secuestrar a su madre y su abuela preparó el lecho y confeccionó el pañuelo nupcial. Cuando su madre fue llevada a casa del novio, toda la familia la estaba esperando. Las mujeres la rodearon mientras ella lloraba. La desnudaron y le pusieron el vestido y la túnica. Una mujer vino a llevarse sus zapatos y se fue. Su madre salió corriendo tras ella. La casa de sus padres estaba solo a unos metros, en el mismo pueblo. Pero su suegra le dijo que tenía que quedarse, así como la piedra se queda en el lugar donde ha sido arrojada. Eso es lo que dice el proverbio. Eso es lo que estipula la tradición.

---

Es pequeña. Lo que más le choca es que su madre esté muerta mientras que otras, la mayoría de las madres de los niños que conoce, siguen vivas. Las abuelas mueren. Las madres no.

Con el tiempo empieza a preguntarse qué ocurrió. Alguien se lo cuenta. Su madre estudiaba en la universidad y volvió a casa durante las vacaciones. Ya nunca más se marchó. Unos chicos la secuestraron y tuvo que casarse. Fue a vivir con sus suegros. Su suegra le enseñó a ordeñar. Ella y su madre, las dos abuelas de Eka, iban juntas al mercado. A la iglesia. Se intercambiaban la máquina de coser. Siguieron haciéndolo después de la boda.

Casi ninguna mujer secuestrada huye de su raptor. Quedaría marcada para siempre. Llevaría encima la huella de un hombre, ya no sería pura. Ella y su familia estarían deshonradas.

Nació su hermano Gío. Después ella, Eka. Tenía solo unas semanas cuando su madre murió. Una vaca la coceó en el establo y, esa misma mañana, después de descansar un rato, abrió la ventana y se arrojó por el balcón.

---

Es pequeña. Una y otra vez mira las fotos de su madre en el álbum familiar. Duele mucho tener una madre muerta. No tenerla. Hay una de cuando aún iba al colegio en que se parece mucho a ella. Es guapa. No hay muchas fotografías más. Alguna con sus hermanos. Un par de ellas en la universidad.

La ley considera un delito esa clase de secuestros. Incluso entonces. Incluso aunque fuera con un fin matrimonial.

Pero así es su país.

---

### III

---

Es una mujer. Nadie sabe que lo hace, pero roba. Coge cosas y se las lleva sin pagar. Siempre en las mismas tiendas. De la misma cadena comercial. Busca entre las prendas colgadas hasta que encuentra una sin alarma y entra con ella en el probador. Sabe que no hay cámaras en el probador, es policía. Lleva años haciéndolo. Guarda la prenda en su bolso y cuando sale, coge alguna otra que paga en caja antes de irse. Esta la devolverá en otra tienda de la misma cadena al día siguiente. Tal vez la use un par de días. A veces se queda con alguna, si no es demasiado fea, pero la mayoría las vende. Las mujeres de la comisaría que se las compran no preguntan. Son mujeres de la limpieza. Secretarias. No tienen mucho dinero para gastar.

—¿Qué traes hoy?

Eka deja la bolsa en el lavabo y permite que ellas mismas examinen el interior.

—¿Tienes medias? Necesito medias.

—¿No tienes una talla más de este pantalón?

—Tengo solo lo que veis ahí.

---

Ella se queda apostada junto a la puerta, vigilando. A veces pasa uno de los hombres de camino a los lavabos masculinos y se la queda mirando. A veces entra alguna agente de uniforme, como ella, y compra también.

—Esta camiseta tiene la etiqueta —dice una—. Ni siquiera la has estrenado. ¿Cuánto vale?

Eka cierra la puerta.

—Dame cinco.

—¿Cinco?

—Sí.

—¿Es de Zara?

—Sí.

—Está bien. Me la quedo.

Ha querido contárselo mil veces a alguien. Lo de robar. Está segura de que tiene que ver con todo aquello. Todo tiene que ver siempre con aquello. Con el pasado. Al menos, eso se dice a sí misma para acallar su conciencia, igual que diría un terapeuta. Un terapeuta diría que robar es solo el síntoma. De todas formas, ella necesita dinero. De agente de policía no se gana lo bastante como para conseguir un visado a Canadá.

Se pregunta qué pensaría un terapeuta de todo esto. De vivir pensando en huir. De robar.

En Occidente hay terapeutas.

Aquí no.

---

Aunque se esfuerza por olvidar, recuerda cosas. Recuerda esto. Es pequeña. Los quince alumnos de la escuela primaria del pueblo van de excursión a la ciudad. Visitan la catedral. Comen *cachiapuri* sentados en las piedras de la ribera del río, bajo las murallas de la fortaleza, muy cerca de la iglesia de San Nicolás, mientras la profesora enumera las veces que ha sido destruida y ampliada. Es el año 1988. A Annia, su compañera desde primero de primaria, le ha venido por primera vez la menstruación.

Annia es guapa. Es la niña más guapa del colegio. Del pueblo. En la ciudad, todo el mundo le sonrío y le toca el pelo. Lleva un vestido rojo que le ha confeccionado su madre y ya tiene tetas, no como ella.

La madre de Annia y Annia viven solas. Su abuela ha muerto y su padre está en prisión. Eka la envidia por ser tan guapa y por tener madre. Sobre todo por tener madre. Siempre escucha atentamente lo que Annia le cuenta acerca de su madre.

---

Hoy escucha también lo que tiene que decirle sobre la menstruación, aunque no le interese demasiado. Lo único que oye con claridad es cuando habla de su madre. Cada vez que habla de su madre, Eka oye la voz de la suya. De su propia madre. Una voz que nunca ha oído sonar.

Por la noche se sube a la banqueta y abre el álbum familiar. Ahora ya no mira la foto del colegio, donde su madre se parecía tanto a ella, sino las otras, donde aparece ya un poco mayor. Con chicos. Es muy guapa, más que Annia. Y muy valiente. Hace falta ser muy valiente para saltar por un balcón.

---

La gente no deja de morir. El hijo de Natia murió en la torreta de vigilancia del edificio donde estaba acuartelado. Se llamaba Sandro. Todo había empezado esa mañana. O quizá la noche anterior. Algún político dio la orden, y algún militar la siguió. Y un soldado que estaba en una torreta hizo lo que le habían ordenado, que era permanecer allí, y murió.

Fue una mala suerte que tuviera que tocarle a Sandro, pero a alguien le tenía que tocar.

Natia no lo ha superado. Eka imagina que no es algo fácil de superar, ella misma perdió un hijo durante el cuarto mes de embarazo. Aunque supone que no es lo mismo, tampoco fue fácil de aceptar. Las mujeres barruntan la tragedia desde que tienen uso de razón. La muerte no es, para ellas, únicamente un accidente. Un daño colateral. Una guerra. Algo que sobreviene desde fuera. Es una contingencia interior.

---

Es adulta. Ahora vive en casa de su suegra en la capital del país. La casa donde vive está llena de cachivaches. La mayoría no son suyos sino de ella, de su suegra. Natia tiene macetas por todas partes. Pilistras exuberantes y helechos. Rododendros que trepan hasta el techo. Hay tapetes de ganchillo encima del televisor, del aparato de aire acondicionado, sobre el respaldo de un sillón. Todo es viejo. Hay alacenas llenas de vasos. Ceniceros giratorios sobre peanas de aluminio que se tragan una colilla accionando la palanca en forma de carrusel. Hay almanaques con fotografías de Kruschev, de gatos, de la cordillera del Cáucaso. Banquetas de plástico en forma de reloj de arena. Secadores de pelo de dos velocidades con el extremo de la tobera aplastado, como un ojo a medio cerrar. Sillones de escay. Lámparas de baquelita que huelen a quemado. Mesas de formica con las patas de metal.

En el oeste de Europa ya no se vive así. Allí se compran muebles de Ikea. Tiran lo viejo. No lo guardan, como aquí. No comprende cómo la gen-

---

te puede seguir viviendo aquí. A ella le gustaría vivir en una casa nueva decorada con muebles de Ikea. Con alfombras que se llaman Stokholm y cuadros que se llaman Vika. Con láminas en blanco y negro de los rascacielos de Nueva York. Le gustan las cosas nuevas. Le gustan los perfiles blancos. Limpios. De alineación ortogonal.

Odia la casa de su suegra. Todo es viejo. Feo. Pero su suegra crio allí a sus dos hijos, uno de los cuales está muerto hoy. Allí vivió con su marido. Muerto también. Es como si el tiempo se hubiera detenido dentro de la casa. Por todas partes hay vestigios de otra época, la época soviética, una época que preferiría olvidar. A veces un trozo de hule desprendido del mantel, a veces el olor de la panera o del carbón vegetal, cualquier cosa puede transportarla de nuevo a esa época. Y no le gusta. No puede respirar. Entonces se asoma a la ventana e imagina que ve casas de esquinas blancas y cuadradas, con ventanas que dan a una gran explanada nevada, salpicada de abetos, y no a un descampado lleno de neumáticos, coches quemados, hierros, basuras, hierbajos y perros.

El canario canta en la jaula. ¿Puede haber algo más bárbaro que un animal enjaulado? En la radio, la voz ronca de una mujer le canta a un hombre que la abandonó.